

“SILENT CAL”: REFLEXIONES EN TORNO AL CENTENARIO DE LA ASUNCIÓN DE CALVIN COOLIDGE COMO PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Ignacio Alejandro López³

En un ya clásico trabajo sobre el rol de la presidencia en los Estados Unidos, Stephen Skownorek, señalaba hace unas décadas la importancia de analizar los liderazgos presidenciales, tomando a los presidentes como actores activos, no como meras criaturas de su contexto, sino captando su rol formativo como agentes de cambio en la constitución de su propio tiempo histórico (Skownorek, 1993: 12). En agosto de 1923, luego de la muerte de su antecesor el republicano Warren Harding, Calvin Coolidge asumió la presidencia en una década de profundos cambios pero de manifiesta estabilidad política. Profeso pacifista, defensor del voto femenino y promotor de los derechos civiles y políticos de la comunidad afroamericana, fue un férreo defensor del *laissez faire*, del conservadurismo fiscal y manifestó argumentos biologicistas en contra de la inmigración masiva (Grant, 2012: 365; Dailey, 1986: 99-100). Su legado –al igual que el de sus colegas republicanos de los años veinte W. Harding y Herbert Hoover– aún es controversial para los historiadores. Su gestión (1923-1929) navegó los años de posguerra y aún sus políticas macroeconómicas son analizadas por los historiadores económicos como posibles causantes del crack de Wall Street.

En 1920, W. Harding se impuso en la convención republicana y fue acompañado por C. Coolidge aún a costa de la oposición de ciertos jefes partidarios. El nuevo presidente que triunfó con más del 60% de los votos en las elecciones presidenciales de ese año devolvía a los republicanos la Casa Blanca luego de varios años de hegemonía demócrata protagonizada por Woodrow Wilson. “Olvidate de los asuntos exteriores, rechaza la política y el cambio, y concéntrate en ganarte la vida dignamente”, fue uno de sus slogans de la campaña de Harding-Coolidge. En esas elecciones, los republicanos parecían haber conservado la lealtad de la mayoría de los votantes que no eran del Sur; habían hecho incursiones sustanciales entre antiguos partidarios demócratas como los alemanes, los católicos y los luteranos confesionales; y atrajeron a un número sorprendentemente alto de obreros más recientes. El apoyo de los nuevos obreros, como los italianos y los francocanadienses, se debió en parte al atractivo de las políticas republicanas de altos aranceles como protectoras de unos salarios más altos, y en parte a que los partidos republicanos locales estaban más dispuestos que sus homólogos demócratas, dominados mayoritariamente por irlandeses, a conceder un “reconocimiento” a los miembros de esos grupos. A pesar del creciente descontento por el escaso compromiso de las cúpulas partidarias con los intereses de los afroamericanos, la mayor parte del voto negro permaneció leal al partido de A. Lincoln (Braeman, 1998: 16-17).

³ Ignacio Alejandro López es Doctor y Magister. en Historia (UTDT) y Licenciado en Ciencias Políticas (UCA). Es Investigador Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con sede en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Emilio Ravignani”. Es docente de los departamentos de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales y de Historia de la Universidad Católica Argentina. También es docente en el Programa Ejecutivo “Estados Unidos en el siglo XX”, del Centro de Estudios Internacionales (CEI-UCA). Correo electrónico: ignacioalopez@uca.edu.ar.

Los años veinte fueron años de aumento del consumo y del materialismo, de proliferación del gansterismo al calor de la prohibición (la Ley Seca) y de crisis agrícola. Como definió W. Paul Adams, fueron tiempos de relativa prosperidad pero que se traducían en un conflicto de valores entre lo rural y lo urbano (Adams, 1979). Durante esos años, la expansión de industrias culturales y de los medios como la radio, la prensa y las películas de Hollywood divulgaban una imagen de la cultura de la gran ciudad que los jóvenes del campo absorbían.

La nueva administración republicana propició un fuerte proteccionismo arancelario frente a los productos extranjeros. Las tarifas Fordney-McCumber (1922) elevaron los derechos aduaneros sin precedentes junto con el acta Smoot-Hawley (1930), sancionada durante la gestión de Herbert Hoover. Estas leyes tenían por objeto proteger el mercado interno y crear fuentes de trabajo pero terminaron aumentando los costos agrícolas. Sin embargo, la prosperidad estaba más ampliamente distribuida en la América de los años veinte de lo que había sido posible en cualquier otro momento, e implicó la adquisición, por decenas de millones de familias ordinarias, de los elementos de seguridad económica que hasta entonces se les había negado. Ya en 1924, unos 11 millones de familias habían adquirido viviendas propias. Los automóviles dieron a los agricultores y trabajadores industriales una movilidad nunca antes vista y, por primera vez, muchos millones de trabajadores adquirieron seguros de vida y de trabajo que se cuadruplicaron en una década (Johnson, 1998: 8).

Coolidge fue un líder clave que reflejaba estos cambios en la sociedad norteamericana. Nacido en 1872, fue hijo de un granjero de Vermont, asociado con los valores “prístinos” de la utopía americana en un estado que representaba la quintaesencia del conservadurismo rural de Nueva Inglaterra como señaló Paul Johnson. Coolidge cursó estudios en el Amherst College en el estado Massachusetts donde se graduó con honores e ingresó en el Partido Republicano hacia 1895. En 1907 fue electo para la Cámara de Representantes de ese estado y fue alcalde de Northampton en 1910. En 1912 consiguió ser senador y finalmente, en 1918, gobernador del estado. Desde esa posición enfrentó una huelga policial con mucha dureza y mano firme por lo que adquirió fama nacional. Allí sentenció: “nadie tiene derecho a golpear contra la seguridad pública, en cualquier lugar, en cualquier momento”. Como subrayó Johnson, el examen de su historial en Massachusetts, como legislador y como gobernador, muestra en detalle que no era un hombre que se regulara por la idea de que “la propiedad siempre tiene razón”. Todo lo contrario, detestaba el sistema de grupos de presión y lobby de los poderosos intereses inmobiliarios. Más bien era un hombre que abrazaba la idea de que “ley siempre tiene razón”. En 1914, dio uno de los discursos más breves en el Senado de Massachusetts y allí expuso su ideal de gobierno:

“Haz el trabajo del día. Si es para proteger los derechos de los débiles, no importa quien se oponga, hazlo. Si es para ayudar a una empresa poderosa a servir mejor al pueblo, sea cual sea la oposición, hazlo. Espera que te llamen patrón, pero no seas un patrón. Espera que te llamen demagogo, pero no seas demagogo. No dudes en ser tan revolucionario como la ciencia. No dudes en ser tan reaccionario como la tabla de multiplicar. No esperes construir a los débiles derribando a los fuertes. No te apresures a legislar. Dale a la administración la oportunidad de ponerse al día con la legislación” (Johnson, 1998: 4).

A la muerte sorpresiva de W. Harding en 1923, el “silencioso Cal” se convirtió en el trigésimo presidente de los EE.UU. Fue considerado por sus biógrafos como “tímido y tranquilo”: odiaba el despilfarro y las reuniones de gabinete duraron en promedio unos 15 minutos (Joseph, 1999). Fue, en algún sentido, un político minimalista: pensaba que la esencia de la República no era tanto la democracia en sí como el imperio de la ley, y que la función primordial del gobierno era hacerla cumplir (Johnson, 1998: 4). Coolidge estaba ansioso por señalar a la nación que la intervención estatal era sólo para emergencias extremas y que en tiempos normales la regla debía ser el gobierno mínimo. En su discurso de investidura, habló de “restaurar los principios de Lincoln” insistiendo en “un gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo” y dejó absolutamente claro lo que quería decir con esto: “La principal tarea que tenemos por delante es recuperar para el pueblo su gobierno y su propiedad”.

Durante su administración demostró carácter firme en varias circunstancias y encabezó una campaña anticorrupción que afectó al secretario del Interior, Albert Fall, involucrado en el escándalo “Teapot Dome” por recibir sobornos de compañías petroleras. El presidente frenó dos veces el acta McNary-Haugen que implicaba una importante quita a la deuda del sector agrícola con el intento de evitar gastos federales pero, según analizaron

Nevins y Commanger, estas políticas del presidente republicano no significaban el mero reinado del *laissez faire* sino una combinación de dos políticas entrelazadas: libertad de empresa privada de toda restricción gubernamental y concesión de subsidios generosos a otras empresas. Herbert Hoover, que actuó como secretario del Departamento de Comercio, se empleó activamente para abrir nuevos mercados extranjeros; en el orden interior, cooperó activamente para la organización de unas doscientas sociedades y carteles mercantiles. Se dieron subsidios cuantiosos para la marina mercante y la compañía de aviación que hacían el servicio de correos. El departamento del Tesoro, bajo Andrew Mellon, también puso por obra la derogación del impuesto sobre las ganancias excesivas y de los impuestos normales sobre la renta y una rebaja de los impuestos de los estados. La idea que ello estimularía los negocios condujo directamente a una ola especulativa sin precedentes (Nevins y Commanger, 1953: 387).

En 1924, en el marco de su campaña de reelección, el presidente pronunció una defensa clara por los derechos de los afroamericanos. El sargento Charles Gardner escribió a Coolidge para protestar cuando los republicanos designaron a un dentista negro como candidato en el distrito 21 del Congreso de Nueva York, con sede en Harlem. La respuesta de Coolidge encapsulaba su desdén por el racismo: “la sugerencia de negar cualquier medida de sus plenos derechos políticos a un grupo tan grande de nuestra población como la gente de color es algo que, por mucho que pueda ser recibido en otros sectores, no podría ser permitido por alguien que siente la responsabilidad de estar a la altura de las tradiciones y mantener los principios del Partido Republicano. Nuestra Constitución garantiza iguales derechos para todos nuestros ciudadanos sin importar su raza o color. Juré por respetar esa constitución y es ella es fuente de sus derechos y de mis derechos”.⁴

Coolidge fue reelecto en 1924 bajo el lema “*Keep cool and Keep Coolidge*”, sinónimo de pocos cambios y de ningún aumento de los gastos federales. Continuó durante su segundo tramo de gobierno con las intenciones de mantener un gobierno con austeridad y con la idea de preservar a los EE.UU. la paz de posguerra favoreciendo el comercio y la cooperación internacional bajo las acciones de sus secretarios de Estado, Charles Evans Hughes y Frank B. Kellogg. Como señaló Michael Hunt, los presidentes republicanos de los años veinte, siguieron una política internacional cuidadosamente calibrada a lo largo de dos líneas principales, cada una marcada por sus predecesores. Una se basaba en acuerdos internacionales para promover la paz y limitar los efectos destructivos de la guerra. Varios acuerdos, conferencias y pactos fueron cruciales en este sentido. En 1928, el presidente Coolidge promovió el pacto antibélico Briand-Kellogg, redactado por su secretario Kellogg y fue una de las contribuciones más claras del pacifismo comercial independiente de los gobiernos republicanos del período. La otra línea principal de la política republicana de entreguerras consistía en promover y aprovechar el creciente poderío económico de los EE.UU. mediante lazos comerciales. La Casa Blanca reforzó aún más su posición en asuntos económicos internacionales mediante la creación de nuevas agencias para gestionar la considerable influencia económica del país, como la Comisión Arancelaria, la Comisión Federal de Comercio y la Reserva Federal. Los planes Dawes y Young marcaban los programas mancomunados de corporaciones bancarias y el gobierno federal para la solución de las deudas internacionales (Hunt, 2007: 95-97). El presidente Coolidge, así planteaba los desafíos de la hora en 1924:

“Sé muy bien que es imposible mantener en tiempos de paz el mismo espíritu exaltado de patriotismo que existe en tiempos de guerra, y sin embargo, aunque sea en menor grado, el país tiene necesidad de devoción a los mismos ideales. En nuestra tierra manda el pueblo. Nunca se repetirá demasiado la gran verdad de que esta nación es exactamente lo que el pueblo hace de ella. Es necesario darse cuenta de que nuestros deberes son personales. Para cada uno de nosotros, nuestro país será lo que nosotros hagamos de él. La obligación de la ciudadanía recae sobre cada uno de nosotros (...) Pero aunque naturalmente pensamos primero en nuestros propios asuntos internos, tenemos que recordar no sólo que nos afecta lo que ocurre en el extranjero, sino que somos una nación entre otras. Si hay algo muy querido para los estadounidenses, que están obligados a preservar a toda costa, es su independencia (...) Pero reconocemos que lo que hacen los demás nos afecta (...)”

⁴ President Calvin Coolidge: Civil Rights Pioneer (coolidgefoundation.org)

Reconocemos también que formamos parte de la gran hermandad de la humanidad, que existen deberes y obligaciones mutuas entre las naciones (...) América desea cumplir con sus obligaciones. Esta es una condición que no nos viene impuesta por pactos artificiales, sino que resulta de la relación natural entre las naciones. Deseamos reconocer estos requisitos para la promoción de la paz. La guerra y la destrucción son antinaturales; la paz y el progreso son naturales. Es en esa dirección en la que deben moverse los pueblos de la tierra. Estoy a favor de los tratados y pactos que se ajusten a la política estadounidense de independencia para prevenir la guerra agresiva y promover la paz permanente” (Coolidge, 1924).

Según señalaron Shlaes y Denhart, la estudiada “modestia” de Coolidge pareció extraña a posteriori y quizás fue una de las razones por las que este presidente tuvo poco espacio en la discusión historiográfica estadounidense (Shlaes y Denhart, 2021: 14-15). Algunos autores tomaron la moderación de Coolidge por debilidad y lo convirtieron en un estereotipo: “Silent Cal”, un puritano “retrógrado”, un “archiconservador”, un hombre sin habilidad para los nuevos medios. Otros analizaron al presidente de Nueva Inglaterra como una especie de accidente entre grandes líderes como Theodore y Franklin Roosevelt. Estos autores consideraron a Coolidge como un incidente, subrayando que sólo la muerte de Harding le puso en el cargo. Pero como en muchas ocasiones, los presidentes confunden el estereotipo. Como gobernador, por ejemplo, el “ultraconservador” Coolidge apoyó una serie de medidas progresistas y aconsejó no legislar como un ideólogo y ser revolucionario como la ciencia. Como presidente “silencioso”, realizó defensas realmente sonoras por la igualdad jurídica de los afroamericanos. Quizás porque sabía lo que era vivir en Plymouth, a la que el ferrocarril no había querido llegar, este presidente “chapado a la antigua” exhibió una pasión moderna por la tecnología y los medios de comunicación. Como existen tan pocas grabaciones radiofónicas, pocos hoy saben que Coolidge brilló en la radio. “Silent Cal” dio cientos de conferencias de prensa y estableció “un récord de discursos en las dos últimas décadas”, informaba el *New York Times* en febrero de 1929 (Shlaes y Denhart, 2021: 15). También fue el primer presidente norteamericano en aparecer en un film sonoro.⁵

En la coyuntura actual de la política mundial, con naciones urgidas a equilibrar presupuestos y reducir deudas y en el marco de un creciente cuestionamiento sobre rol del gobierno y sus alcances, y cómo éste complementa los esfuerzos de los individuos y de la empresa privada, Calvin Coolidge es una figura muy relevante y, de hecho, muy actualizada. Como afirmó Paul Johnson magistralmente el presidente Coolidge fue hijo de tu tiempo y abrazó con total convicción y admirable rigor ciertas verdades sobre el gobierno de los hombres que son necesarias revisarlas periódicamente.

Bibliografía

- Adams, W. P. (1979). *Los Estados Unidos de América*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Braeman, J. (1998). The American Polity in the Age of Normalcy: A Reappraisal. En *Coolidge and the Coolidge Era*, Ed. John E. Haynes (14-62). Hanover & London: Library of the Congress.
- Coolidge, C. (1924). Patriotism in Time of Peace. Washington DC, October 4, 1924.
- Dailey Jr. M. C. (1986). Calvin Coolidge's Afro-American Connection. *Contributions in Black Studies. A Journal of African and Afro-American Studies*, 8 (7), 77-100.
- Grant, S. M. (2012). *Historia de los Estados Unidos de América*. Madrid: Akal.
- Hunt, M. (2007). *The American Ascendancy. How the United States gained & wielded global dominance*. Chapel Hill: The North Carolina University Press.
- Johnson, P. (1998). Calvin Coolidge and the Last Arcadia. En *Coolidge and the Coolidge Era*, Ed. John E. Haynes (1-14). Hanover & London: Library of the Congress.
- Joseph, P. (1999). *United States Presidents. Calvin Coolidge*. Minnesota: ABDO Publishing Co.

⁵ Silent Cal, Not So Silent | Now See Hear! (loc.gov)

- Nevins, A. y Commager, H. S. (1953). *Breve historia de los Estados Unidos. Biografía de un pueblo libre*. México DF: Cía. General de Ediciones, SA.
- Shlaes, A. y Denhart, M. (2021). Introduction. En *The Autobiography of Calvin Coolidge*, Ed. A. Shlaes y M. Denhart. Wilmington: ISI Books.
- Skownorek, S. (1993). *The politics presidents make: leadership from John Adams to Bill Clinton*. Cambridge: Belknap Press.

